



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## **HOMILÍA EN LA FIESTA DE SAN JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER FUNDADOR DEL OPUS DEI, EN LA PARROQUIA SAGRADA FAMILIA Y SAN JOSEMARÍA, EL DÍA 26/VI/2023.**

Muy apreciados hermanos en Cristo Jesús:

Permítanme en, primer lugar, expresar mi agradecimiento al P. Ignacio Rodríguez, Vicario Regional de la Prelatura en Venezuela, por haberme extendido esta invitación a presidir esta Santa Misa, en la que celebramos la fiesta de San Josemaría, fundador del *Opus Dei*. Personalmente, agradezco al *Opus Dei* la formación que recibí en el Colegio Internacional Bidasoa, y en la Universidad de Navarra y, después, en la Universidad de la Santa Cruz, en Roma, centros en los cuales he podido empaparme de la espiritualidad de la Obra, y me permitió escuchar las enseñanzas de Don Álvaro del Portillo, quien, decididamente, nos animaba a ser sacerdotes las veinticuatro horas del día, a obedecer prontamente y con alegría al Obispo, a dedicarle tiempo a la administración del sacramento de la confesión y a predicar que todos estamos llamados a la santidad, entre otras labores apostólicas.

Habida cuenta del amor que siente la Obra por los sacerdotes y seminaristas, y mi propia experiencia, ya son 7 los seminaristas de la Diócesis de Cabimas que han estudiado en Bidasoa: 2, son ya sacerdotes, 2 serán ordenados diáconos este año y 3, proseguirán su formación en el Seminario Bidasoa. La Obra, siguiendo el legado de su fundador, ha hecho todo lo que está de su parte (colocando excelentes formadores y profesores, gestionando becas de estudios y lugares de apostolado, entre otras cosas) a fin de que los seminaristas reciban la mejor preparación académica, espiritual, pastoral y comunitaria, y puedan así ser pastores según el corazón de Cristo, ministros abnegados de la Iglesia y celosos guías del Santo Pueblo de Dios.

Cuando recordamos la figura de San Josemaría, viene a nuestra mente el tema de la santidad. Ha sido llamado el “*santo de lo normal*”, y quien recordó a la Iglesia la doctrina “vieja y nueva”, recogida en el Documento “*Lumen Gentium*” del Concilio Vaticano II: “*Todos los fieles, cualesquiera que sea su estado y condición, están llamados por Dios, cada uno en su camino, a la perfección de la santidad, por la que el mismo Padre es perfecto*” (LG, 11).

Pero ¿Qué es la santidad?

Debemos comenzar indicando, como repetía San Josemaría, que la santidad no es el privilegio de unos pocos, sino la obligación de todos, recordando a San Pablo, que nos dice: “*Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor*” (Ef 1, 4). Y habla de todos nosotros, no de un grupo selecto.

Y la santidad, tengamos claro esto, no consiste en realizar cosas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus

actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos, hasta poder decir con San Pablo: “*ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*”. La santidad, por tanto, se mide por nuestra semejanza a Cristo, que es nuestro modelo.

Y, “*Al considerar la vida de quienes han seguido fielmente a Cristo -y San Josemaría así lo hizo-, encontramos un nuevo motivo que nos empuja a buscar la ciudad futura y, a la vez, se nos muestra el camino seguro por el cual, en medio de las cosas mutables del mundo, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo, es decir a la santidad, según el estado y la condición propios de cada uno*” (LG, cap. V).

Y ¿Qué aspectos de la vida de San Josemaría podemos imitar para acercarnos más al Señor y servir mejor a la Iglesia? La Liturgia de la Palabra nos ofrece tres aspectos de la vida cristiana de los cuales el Santo que hoy celebramos predicó incansablemente y vivió con especial delicadeza, con un “*celo apostólico que ardía en su alma*”, tal como nos lo recordó San Juan Pablo II.

.-El primer aspecto, es el que nos señala San Pablo en la segunda lectura: “*los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos **son hijos de Dios***”. Y más adelante “*Sabemos **que todas las cosas cooperan para bien** de los que aman a Dios*”. San Josemaría vivió siempre como un verdadero hijo de Dios, abandonando toda su vida en las manos de ese Padre que es Misericordioso, y nos ama con amor de Padre y amor de Madre. Era consciente de que Dios siempre nos otorga lo que más nos conviene en cada momento, y espera que nosotros, como buenos hijos, sepamos descubrir su acción amorosa tanto en los acontecimientos favorables como en los adversos. Y no sólo vivía, sino que también enseñaba que la filiación divina debía de constituir en fundamento de nuestra vida cristiana. En su meditación del Viacrucis podemos leer “*Parece que el mundo se te viene encima. A tu alrededor no se vislumbra una salida. Imposible, esta vez, superar las dificultades. Pero, ¿te has vuelto olvidar que Dios es tu Padre? Omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso. Él no puede enviarte nada malo. Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos. Todo para bien. ¡Señor, que se cumpla tu sapientísima Voluntad*”. (Vía Crucis, IX, 4).

Saberse hijo de Dios nos ayuda a ver con nuevos ojos la realidad que nos circunda, y las experiencias negativas que el Señor por nuestro bien nos permite vivir, especialmente en estos momentos de crisis económica, incertidumbre ante el futuro y de división entre hermanos que vivimos en Venezuela. La certeza de que Dios es Padre y Providente nos da la seguridad de que el mal, el pecado y la muerte no tendrán la última palabra, y que en todo momento el Espíritu de Dios nos guía en la penumbra con la bitácora de la Fe. En la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco es enfático en relación a este punto: “*“Verdad que muchas veces pareciera – dice- que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce su fruto...Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse*” (EG, 276).

La filiación divina nos lleva también a reconocer en el otro, un hijo de Dios, un hermano nuestro, que merece toda nuestra entrega personal, y le ofrezcamos el tesoro de nuestra fe. No podemos permanecer indiferentes al ver que tantos hijos de Dios andan, sin rumbo definido, “como ovejas sin pastor”, sin formación religiosa, esclavos de los vicios y de ideologías que desorientan, necesitados de ser escuchados y amados, y sedientos de la fe que se nos da en la Palabra de Dios y en los sacramentos.

Queridos hermanos, ¿nos sentimos verdaderamente hijos de Dios? ¿Actuamos como hijos de Dios, con esperanza, optimismo, seguridad, serenidad? ¿Vemos en el otro a un hermano, a un hijo de Dios, por el cual Jesús entregó su vida?

.- El segundo aspecto resaltable en San Josemaría es la **santificación del trabajo ordinario**. En la narración de primera pesca milagrosa, que hemos escuchado en el Evangelio, culmina con la llamada de Pedro y de algunos de sus compañeros a seguir a Jesús. San Josemaría contempló muchas veces esta escena, considerando, entre otras cosas, que el Señor viene a nuestro encuentro en las circunstancias ordinarias de la vida y, en modo particular, en el trabajo. No nos saca de nuestro sitio ni nos llama a realizar cosas extraordinarias, sino hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias. Quiere, que allí donde estemos, nos encontremos con Dios.

.- El tercer aspecto que es menester patentizar en la actuación de San Josemaría, es la **confianza plena en el Señor** para tener un apostolado fecundo. El mismo relato evangélico nos muestra que, a pesar de que San Pedro tenía razón: “Maestro nos hemos pasado la noche bregando y no hemos pescado nada”, confía plenamente en el maestro “pero, por tu palabra, echaré las redes”. Y ya sabemos el resultado: “hicieron una redada de peces tan grande que reventaba las redes”.

Para realizar un apostolado fecundo es necesario estar unido a Jesús a través de la oración. San Josemaría, de manera, resumida lo explicaba en el número 82 de camino “*Primero: oración; después expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción*”. La fecundidad de nuestro trabajo no depende exclusivamente del esfuerzo que hemos realizado sino, sobre todo, de nuestra unión con Dios. De esa entrañable relación que se construye, como lo hacía Cristo desde cada amanecer, la simbiosis que produce el orar confiadamente al Padre.

Si nos lanzamos al apostolado creyendo que con sólo nuestro esfuerzo humano, nuestra capacidad de organización, nuestros recursos económicos, podremos hacerlo todo con eficacia y resultados provechosos, no alcanzaremos el fin sobrenatural que pretendemos: la salvación del hermano y nuestra propia salvación, y probablemente nos cansaremos y terminaremos decepcionados de Dios, hundidos en el más espantoso de los desconsuelos. Pero, si estamos unidos al Señor a través de la oración, el diálogo perenne con el Padre, la penitencia y los sacramentos, y sumamos nuestra entrega completa, se repetirá nuevamente la escena: las personas que se acercarán a Dios, gracias a nuestro compromiso desinteresado en su voluntad Divina, serán muchas.

*“Siempre –dice el Papa Francisco- hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vician de sentido nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración” (EG. 262).*

Al final el Señor le dijo a Pedro *“No temas: desde ahora serás pescador de hombres”*. A nosotros también el Señor nos ha dicho lo mismo. Y siguiendo las enseñanzas del Papa Francisco, en nuestro apostolado debemos dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan o condenan, sino más bien tratando a la gente con dulzura y respeto, venciendo el mal a fuerza de bien, sin pretender aparecer como superiores a uno mismo, y dando constante ejemplo de vida sujeta a los designios del creador.

En su apostolado, San Josemaría, cumplía estas exigencias. Cierta mañana, en un pasillo de la Villa Vecchia, el Padre se encuentra con Don José Luis Pastor, su médico, quien le pregunta con interés de médico: *¿Cómo ha dormido esta noche, Padre? ¿Ha podido descansar?* Y San Josemaría no le responde como a un médico. Más bien le hace una entrañable confidencia: *Mira como os quiero itanto, tanto, tanto!, siempre tengo algún hijo mío en quien pensar. Os quiero con corazón de padre, de madre... iy de abuela! A veces me hago un lio por dentro, entre lo que debe exigir un padre, lo que tiene que comprender una madre y lo que pude consentir una abuela...Y en ocasiones echo de menos algunos detalles, algunas cartas, algunas cosas de mis hijos...Esto lo he llevado a mi oración. Y he visto que los padres son para los hijos y no los hijos para los padres. Es lo que tantas veces digo a otros y yo he de aplicármelo, el primero...Si, como el profeta Ezequiel, yo tuviese que pedir al Señor que me cambiase el corazón, no le pediría que me cambiase el corazón de piedra por uno de carne. Si acaso, al revés: que, en vez de este corazón de carne, me diese uno de piedra...Y entonces hijo mío, entonces ¡dormiría a pierna suelta, todas las noches!* (El hombre de Villa de Tevere, p. 103).

Por ello, hermanos, hoy, que celebramos el día de San Josemaría, debemos refrescar en nuestras mentes y espíritus, que el salvar almas es nuestra razón primordial de ser como Iglesia y servidores de Dios, un mandato de Cristo encerrado en una sencilla y trascendente frase: *“Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio”*.

Si, queridos hermanos, de hecho el Señor parece decirnos:

*«Tengo necesidad de tus manos para seguir bendiciendo,  
tengo necesidad de tus labios para seguir hablando,  
tengo necesidad de tu cuerpo para seguir sufriendo.  
Tengo necesidad de tu corazón para seguir amando,  
tengo necesidad de ti para seguir salvando».*

(Michel Quoist, Plegarias).

Pido a San Josemaría que interceda ante Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que los miembros del *Opus Dei* permanezcan fieles al carisma que su fundador les legó, y cumplan aquella aspiración que él tuvo: “Conocer a Jesucristo, hacerlo conocer, llevarlo a todos los sitios”; y permanezcan siempre unidos al Padre, al Prelado actual, bajo la guía entusiasta y segura, del Papa Francisco, y puedan decir –como él solía decir: **¡todos con Pedro, a Jesús, por María!** Amén.



+ *Ángel Caraballo*  
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**

**Obispo de Cábimas**

**Prot. 2023/112**